

UNA ENTREVISTA DE REPERCUSION MUNDIAL

CHU EN LAI

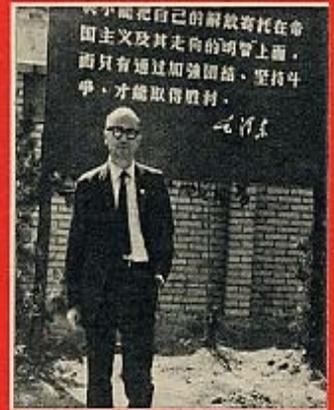
EN LA CIUDAD PROHIBIDA

"CHINA IRA A LA GUERRA SI EL VIETNAM ES TRAICIONADO"

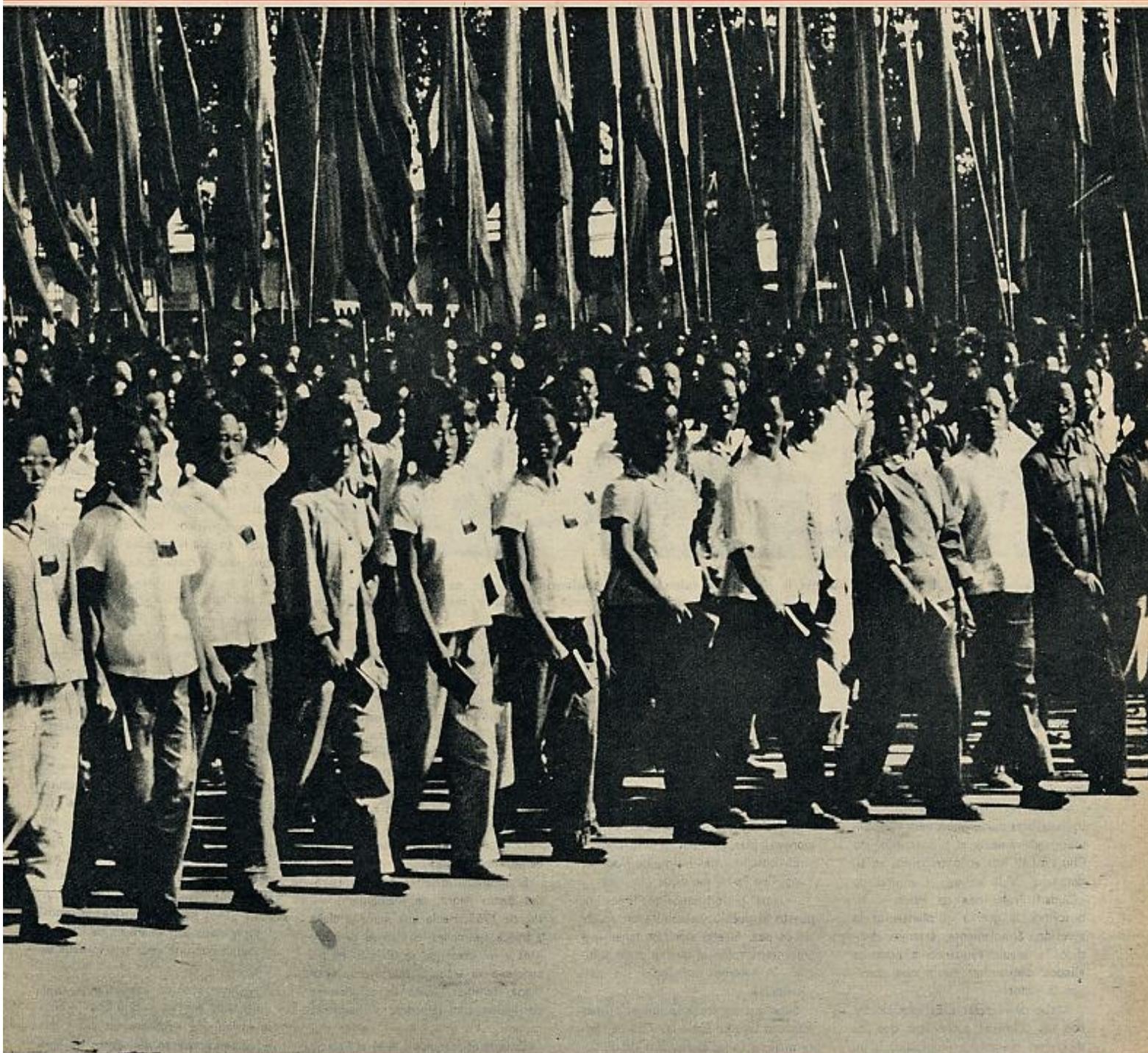


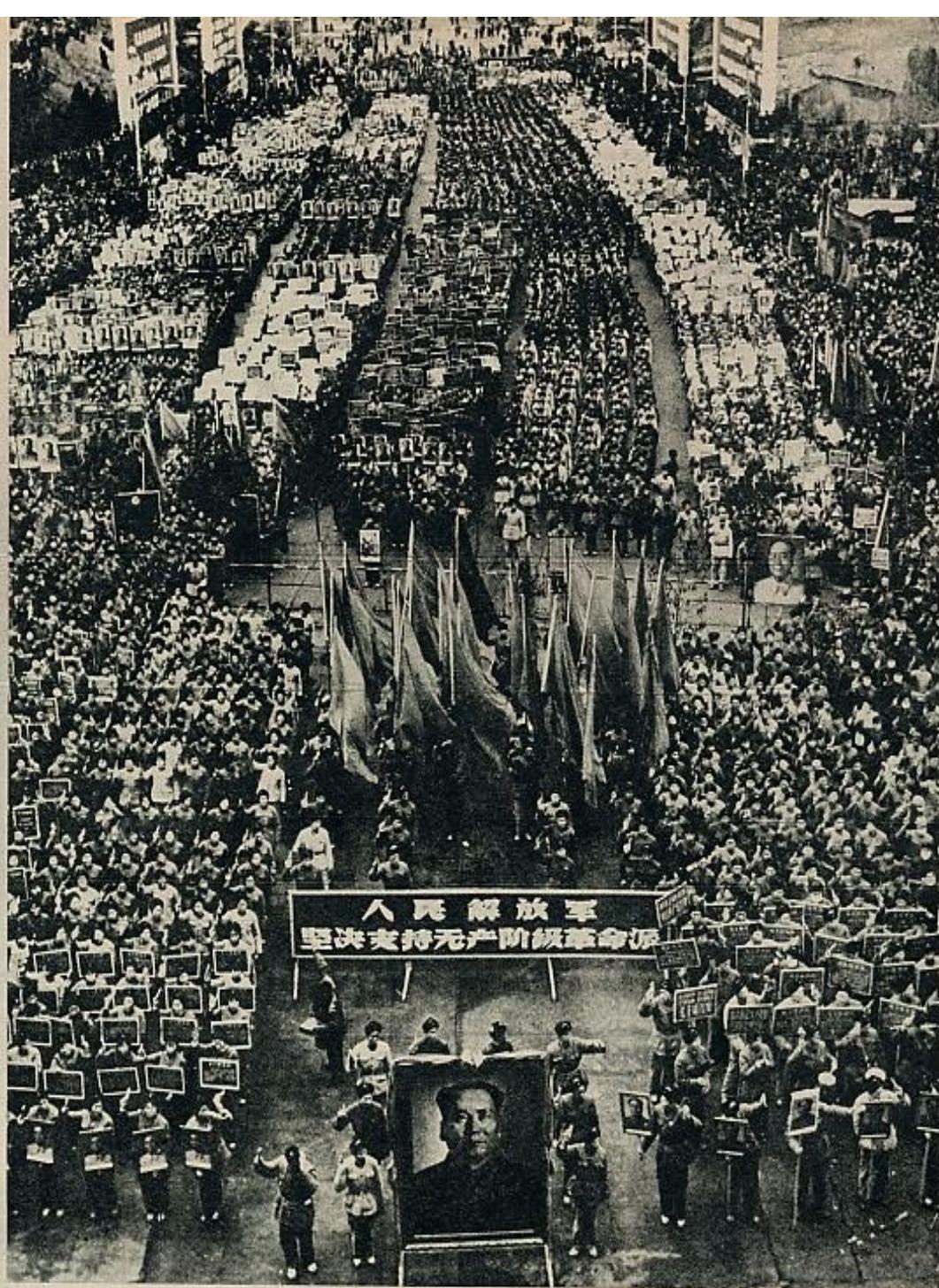
La gran prensa mundial se ha hecho eco de los artículos que Simon Malley ha publicado en el "Chicago Daily News" después de su regreso de China. Malley fue recibido en Pekín por algunos de los más altos dirigentes chinos, entre ellos Chu En Lai, con los que conversó sobre importantes problemas relacionados con la guerra del Vietnam, la «revolución cultural», las relaciones chino-soviéticas y el liderato de Mao Tse Tung. Por primera vez después de dos años, los dirigentes chinos han recibido a un periodista occidental y le han expuesto sus ideas y proyectos. En sus artículos, Simon Malley se ocupa de los siguientes temas: ascendencia de la "guardia roja" en los círculos políticos de Pekín; los sondeos de paz y la guerra del Vietnam; cuáles serían las circunstancias en las que se produciría la intervención militar china en esa guerra; por qué los dirigentes de Pekín piensan que es inevitable una confrontación con los Estados Unidos, etc.

Los reportajes de Malley significan una aportación de gran interés para el análisis de la actual política china aunque, naturalmente y dado el clima polémico que esta política ha adquirido, muchos de sus puntos de vista no han sido compartidos ni por ciertos especialistas occidentales ni por algunos dirigentes chinos y soviéticos. "Triunfo", que ha adquirido la exclusiva para España del testimonio de Simon Malley, al presentarlo a sus lectores quiere advertir que lo hace a título meramente informativo, sin que el hecho de publicarlos signifique, en modo alguno, una toma de posición ante cuestiones tan graves como en él se tratan. En otras ocasiones nos hemos ocupado de la situación en China y de sus repercusiones mundiales y a aquellos reportajes o artículos remitimos al lector.



Malley, autor de la entrevista con Chu En Lai, en Pekín. Hacía dos años que ningún líder chino había concedido entrevistas a un periodista occidental.





Con frecuencia han sido convocadas durante la «revolución cultural» manifestaciones, como ésta, en apoyo de Mao. En la foto, formaciones militares desfilando por el Area Militar Kwelchow, conduciendo pancartas y retratos del líder chino.

EL inmenso ejército chino caerá sobre Vietnam el día que Pekín considere que una «paz traicionera» amenaza a Hanoi. Esto me han repetido hasta la saciedad los líderes chinos en todas las entrevistas que he mantenido con ellos.

—Que no lleven a engaño los imperialistas norteamericanos —me dijo categóricamente el primer ministro Chu En Lai. Nos encontrábamos en su despacho de la antigua y amurallada «Ciudad Prohibida» de Pekín—. Ni buscamos la guerra ni planeamos la agresión. Simplemente, estamos decididos a seguir ayudando a nuestros aliados vietnamitas hasta que consigan la victoria.

Acabo de regresar a Estados Unidos con las primeras entrevistas que los dirigentes chinos han concedido a un periodista en estos dos últimos años

de la agitada y difícilmente comprensible «revolución cultural». Durante este período, los líderes chinos han estudiado con detenimiento la posibilidad de enviar tropas a Vietnam.

China obstaculizará el acuerdo de norteamericanos y soviéticos sobre un posible plan de suspensión de hostilidades como el que propuso el 14 de marzo el secretario general de las Naciones Unidas, U Thant.

El consejero más íntimo de Mao Tse Tung, Che Po-ta, me dijo:

—Jamás permitiremos que le sea impuesto al pueblo vietnamita un acuerdo de paz. Si ello significa tener que enfrentarnos con la guerra como solución, lo haremos con todas sus consecuencias.

Supe que me iba a recibir el primer ministro Chu En Lai a las 7,45 de cierta mañana, a los pocos días de mi llegada a Pekín. Había sonado el teléfono

de mi habitación del hotel Hsin Chiao. Se me decía que Chu me recibiría a las ocho y que, por tanto, un automóvil estaría a la puerta de mi hotel al cabo de diez minutos.

Yo había llegado a China a finales de marzo. Tenía un visado de tránsito de cinco días, que me fue prolongado posteriormente, en Phnom Penh, Camboya. Lo conseguí gracias a la entrevista con Norodom Sihanuk, el presidente «neutralista».

El automóvil de Chu era un «Mercedes Benz» negro, de Alemania oriental, de 1965. Hacía una mañana clara y fresca. Las calles hervían ya de hombres y mujeres que se dirigían en bicicleta a su trabajo. Una escena cotidiana, familiar. Miles de estudiantes desfilaban con tambores y banderas rojas.

Cuando el automóvil llegó al Palacio del Pueblo, minutos antes de las ocho,

los guardias nos inspeccionaron, pero muy rápido y superficialmente. El palacio es un viejo edificio amurallado, una reliquia del pasado dinástico de la Ciudad Prohibida.

Chu En Lai me esperaba en el umbral de la puerta. Es la costumbre asiática. El anfitrión suele saludar al visitante en la puerta aun cuando se trate de un primer ministro o de un jefe de Estado.

Chu —setenta y un años— me ofreció su mano al tiempo que me decía sonriendo: «Vous êtes le bienvenu en China». «Bienvenido a China. Hacía tres años que no le veía».

Nos habíamos conocido en Argelia donde nos presentó Ahmed Ben Bella.

—Recuerdo que estaba usted muy interesado por nuestros planes respecto a África y Vietnam —dijo. Estábamos ya en el salón de recepciones, amplio y soleado, amueblado con los tradicionales y sencillos sofás chinos.

Chu dijo que los chinos estaban preparados para intervenir militarmente en Vietnam:

—Estamos listos. Si es preciso mañana mismo podríamos responder a cualquier llamada de voluntarios que nos hicieran los vietnamitas. Se lo hemos dicho claramente a ellos y sabemos que el Gobierno norteamericano conoce también, perfectamente, nuestras intenciones.

Yo hablaba en francés —que él comprende sin necesidad de traductor— y él me respondía en chino, traducido por un intérprete. Pronosticó que la «escalada» norteamericana en Vietnam llevaba al desembarco de tropas norteamericanas en Vietnam del Norte. Esto sería un nuevo motivo para que tropas chinas acudieran a Vietnam, señaló.

—Es evidente —dijo— que el verdadero objetivo de Washington es aplastar el régimen socialista de Hanoi. Sus negociaciones son meras cortinas de humo que levantan los propagandistas norteamericanos y los revisionistas soviéticos. Pero estamos empeñados en que no puedan triunfar. Ningún pueblo, ninguna nación revolucionaria permitirá jamás que los norteamericanos pisen territorio de la República Democrática de Vietnam.

Chu recalca cada palabra:

—Si esto llegara a ocurrir, China tendría que reconsiderar su política actual. No permitiremos que los norteamericanos se acerquen a nuestras fronteras. Nuestra seguridad estaría en juego.

Chu vestía una elegante túnica azul. Tiene un aspecto vigoroso y es cauto. No aparenta la edad que tiene. Lo único que destaca en su rostro —impasible— son los ojos, oscuros y profundos. Un ayudante nos trajo limonada y té verde. En nuestra conversación, Chu trataba desdeñosamente tanto a rusos como a norteamericanos. Unos y otros son enemigos de China y trabajan por una «paz traicionera» en Vietnam.

—Debería usted preguntar a cualquier líder del PNL —dijo Chu—. Ellos le dirían que Kruschev les pidió que no desencadenaran su guerra de liberación y que se confiaran a los esfuer-

zos diplomáticos de los soviéticos ante John Kennedy.

—Cuando el PNL tomó las armas —continuó— los rusos se negaron a concederles ayuda alguna. Unicamente les apoyaron a partir de 1964 porque temieron que los líderes del PNL los desenmascararan ante el mundo entero. La estrategia de los revisionistas soviéticos sigue siendo la misma: lo vital para ellos es que se concluya esta guerra de liberación por medio de un acuerdo que equivaldría a una derrota.

En nuestra charla se evocaron detalles de la guerra coreana. China decidió la guerra en contra de Estados Unidos al enviar tropas en el momento en que los norteamericanos se aproximaban a la frontera china, al Norte de Corea.

El jefe interino del Estado Mayor, mariscal Yang Chen-wu, único líder al que no vi sonreír, me dijo bruscamente en una ocasión:

—Da la impresión de que los norteamericanos se han olvidado de la lección que les dimos en Corea. Pero les refrescaremos la memoria si tratan de acercarse a nuestras fronteras. Vietnam será un cementerio de miles de soldados norteamericanos como lo fue Corea.

(El número de norteamericanos muertos fue de 33.629, según Washington).

En conclusión, los dirigentes chinos están decididos a enviar tropas a Vietnam en cualquiera de estas tres contingencias:

1. Si Hanoi solicita ayuda.

2. Si la «escalada» norteamericana, y concretamente un desembarco en Vietnam del Norte, es considerada en Pekín como una amenaza contra la seguridad china.

3. Si norteamericanos y soviéticos intentan «una componenda» que Pekín considere una traición para los vietnamitas.

Sobre este tercer punto insistió Chen Po-ta, principal asesor de Mao, jefe del partido comunista chino y director de la «revolución cultural». Me dijo:

—Estamos convencidos que el pueblo vietnamita rechazará cualquier intento de Estados Unidos y la Unión Soviética para imponerle un arreglo. Estamos también seguros que tal intento será hecho en las próximas se-

CHU EN LAI

manas. Recuerdo que el primer ministro soviético, Alexis Kosygin, trató de presionar a Hanoi, aunque no lo consiguió, para que aceptara el llamado «Plan Wilson», que tendía a reducir las actividades bélicas en Vietnam.

(Este plan se propuso durante el «cese temporal» de bombardeos sobre Vietnam del Norte en enero, cuando Kosygin visitó al primer ministro británico en Londres).

Chen Po-ta continuó:

—El «Plan Wilson» era, en realidad, en plan Johnson. Los soviéticos no hicieron nada ante las propuestas de U Thant del 14 de marzo, que en definitiva era una repetición de las ideas de Wilson. U Thant propuso un cese de hostilidades por ambas partes para llevar a cabo durante este alto el fuego, conversaciones de paz. Hanoi insiste en que esto no es posible mientras Washington no suspenda definitivamente los bombardeos contra Vietnam del Norte. Por lo que respecta a China —agregó Chen Po-ta—, jamás nos vendremos a semejante acuerdo de paz.

sondeos de paz torpedeados

Mientras los altavoces expandían los estruendos de la «guardia roja» en las calles cercanas a la «Ciudad Prohibida» de Pekín, el primer ministro Chu En Lai me revelaba, en su despacho, su conversación con los dirigentes del Vietnam del Norte en Pekín, en el pasado mes de enero.

—Nuestra experiencia con los imperialistas nos ha enseñado mucho —dijo Chu—. Hemos aprendido, sobre todo, que no podemos depender jamás de la intervención de revisionistas para resolver nuestros problemas.

China se opuso a que Hanoi iniciara negociaciones con Estados Unidos y calificó como «el último complot contra el pueblo vietnamita» la gestión de Alexis Kosygin cuando éste trasladó a Hanoi la propuesta de Wilson respecto a la reducción mutua de las actividades bélicas.

—Esto habría significado, en la práctica, la rendición del pueblo vietnamita. —Chu levantó luego su mirada hasta el gran retrato de Mao que presidía el salón.

Cuando el primer ministro de Vietnam del Norte, Phan Van Gong, se entrevistó con Chu en enero, el dirigente chino le previno contra el ofrecimiento norteamericano de entablar conversaciones.

—Esta idea fue promovida —y quizá partió de ellos— por los revisionistas soviéticos, cuyo propósito fundamental era, en el fondo, socavar la posición y aislar a los combatientes de la libertad (Vietcong) en Vietnam del Sur. Nuestros camaradas de Vietnam estaban sentados ahí, donde se sienta usted ahora. Convinimos que

SIGUE

En el Palacio Imperial, cercano a la Ciudad Prohibida de Pekín, se celebran exposiciones, se reúnen delegaciones y es un museo permanente de la vieja China. En la foto, una de las dependencias del palacio, llamada la Sala de la Gran Armonía.





Todo en China es masivo y también los parkings donde reposan las bicicletas de los trabajadores, que ya recorren las calles de Pekín en cuanto despunta la mañana.

oferta como simple iniciativa táctica destinada a fortalecer la posición diplomática y moral de los vietnamitas, se basaban en una apreciación totalmente falsa de la situación.

—Estamos convencidos que Estados Unidos no aceptarían la sugerencia de no saberse seguros de una victoria militar. En todo caso, de no conseguir una victoria, los Estados Unidos esperarían que las gestiones de la Unión Soviética y otros revisionistas les ayudaran a obtener concesiones adicionales por parte de los vietnamitas.

Esto se demostró, a juicio de Chu, cuando Kosygin envió desde Londres un mensaje a Hanoi aconsejándole concesiones adicionales.

Nuestra charla —dos horas y media— no fue interrumpida ni por llamadas telefónicas ni por entradas de secretarios. Afuera, eso sí, los altavoces callejeros ponían en el aire de la mañana canciones, música y discursos que —filtrados por los dos grandes ventanales— pusieron un machacón telón de fondo a la entrevista.

—Los altavoces no me dejan dormir por la noche —dije para dar un giro a la conversación hacia un tono más familiar.

Chu me replicó con ironía:

—Es que en China no dormimos. No dormiremos hasta haber arrancado

de raíz a los revisionistas y reaccionarios...

Chu me habló seguidamente de otros puntos tratados en la reunión de enero con el primer ministro de Vietnam del Norte, Pham. Concretamente de la posibilidad de una intervención de tropas chinas en la guerra de Vietnam. (Algunos funcionarios me han dicho que China urgía a Hanoi a aceptar voluntarios chinos).

—Los vietnamitas están convencidos que aún pueden derrotar a los agresores sin ayuda exterior —me dijo Chu—. Debemos respetar estos puntos de vista por tratarse de dirigentes responsables de la liberación de su pueblo. Hoy por hoy, solamente necesitan armamentos y equipos de guerra modernos; no hombres.

Le señalé la crítica de ciertos líderes asiáticos y africanos y su extrañeza ante el hecho de que una potencia socialista como China no interviniera directamente a favor de los vietnamitas a quienes estaban «dejando solos». Me respondió Chu:

—Los vietnamitas están siendo un ejemplo para todos los pueblos del mundo que luchan. Por otra parte, es una vieja lección de política: para vencer a los enemigos uno tiene que valerse por sí mismo. No obstante, si las cir-

cunstancias les obligaran a pedir voluntarios a sus aliados y amigos, estaríamos prestos a responder como es debido.

Efectivamente, unos días después un alto dirigente de Vietnam del Norte que estaba de visita en Pekín, me confirmó lo mismo. Hanoi es reacio a pedir voluntarios; le interesa mantener una posición equidistante entre Rusia y China. Por lo cual tendría que pedir voluntarios a ambas.

—Y puede usted imaginarse a soldados soviéticos y chinos juntos y lo que esto sería para el pobre comandante vietnamita que los mandara.

Luego añadió un tanto sombrío:

—Si los agresores siguen acrecentando sus medios bélicos, tendremos que solicitar, y en un plazo no muy lejano, envíos de voluntarios.

Pekín no ve con buenos ojos una intervención de la Unión Soviética en Vietnam. Chu En Lai y los dirigentes chinos están persuadidos de que Moscú se valdría de su presencia en Vietnam para llegar a un acuerdo con Washington.

Pude comprobar esto durante una entrevista con Hsie Fu-Chi, ministro del Interior. Hsie Fu-Chi es bajito, tiene unos ojos diminutos y aparenta unos cincuenta años. Me dijo:

—Los soviéticos sueñan con crear

en Vietnam una aventura del tipo de la de Cuba.

Se refería a la crisis de 1962 en Cuba con motivo de los proyectiles dirigidos. En China se interpreta esta crisis como una «filfa» ingenjada por el primer ministro soviético Kruschev para llegar a un acuerdo soviético-norteamericano en detrimento de los cubanos. Hsie añadió:

—A los soviéticos les encantaría un enfrentamiento similar con los norteamericanos en Vietnam. De esta forma podrían tratar de imponer un acuerdo a los norteamericanos en provecho de sus propios intereses comunes, ignorando los de China. Pero el incidente cubano ha servido para abrir los ojos a millones de personas en todo el mundo.

He llegado a la conclusión, después de entrevistar a media docena de altos dirigentes chinos, de que la opinión general es que la guerra de Vietnam se prolongará varios años más. Los chinos creen que Washington terminará por cansarse y tendrá que intentar salir de esta guerra bien porque la presión de la opinión internacional les obligue o bien porque se convengan de que jamás podrán vencer a los vietnamitas. Da la impresión que los dirigentes chinos no subestiman los propósitos y los planes de Washington y que



siguen muy de cerca la orientación del Gobierno de Johnson. Respecto a los movimientos antibélicos de Estados Unidos, los valoran y los ven con simpatía, aunque opinan que ni influyen apenas en los estrategas de la política norteamericana.

Entrevisté al ministro del exterior Chen Yi en sus oficinas del ministerio, próximo a mi hotel. Chen Yi no usa ya su grado militar de mariscal. Respondió a mis preguntas sobre la actitud china respecto a la celebración de una conferencia internacional de paz del tipo de la de Ginebra.

—Estaremos dispuestos a aceptar propuestas sensatas —me dijo Chen Yi—. Ahora bien, cualquier propuesta deberá ser sobre la base de que salgan fortalecidas la independencia y la soberanía de todas las naciones de esta parte del mundo que es el Sudeste asiático.

Para demostrar el desdén que ciertos neutralistas sienten por los soviéticos, Chen Yi citó las palabras del líder de un pequeño país asiático que le dijo recientemente:

—Si yo fuera el primer ministro ruso Kosygin, llamaría al Presidente Johnson y le diría que o se ponía fin a la guerra de agresión o bien debería atenderse a las consecuencias... que, a partir de tal y tal fecha, se enviarían

CHU EN LAI

5.000 aviones soviéticos a proteger los cielos de Vietnam... Este es el único idioma que pueden entender los imperialistas norteamericanos...

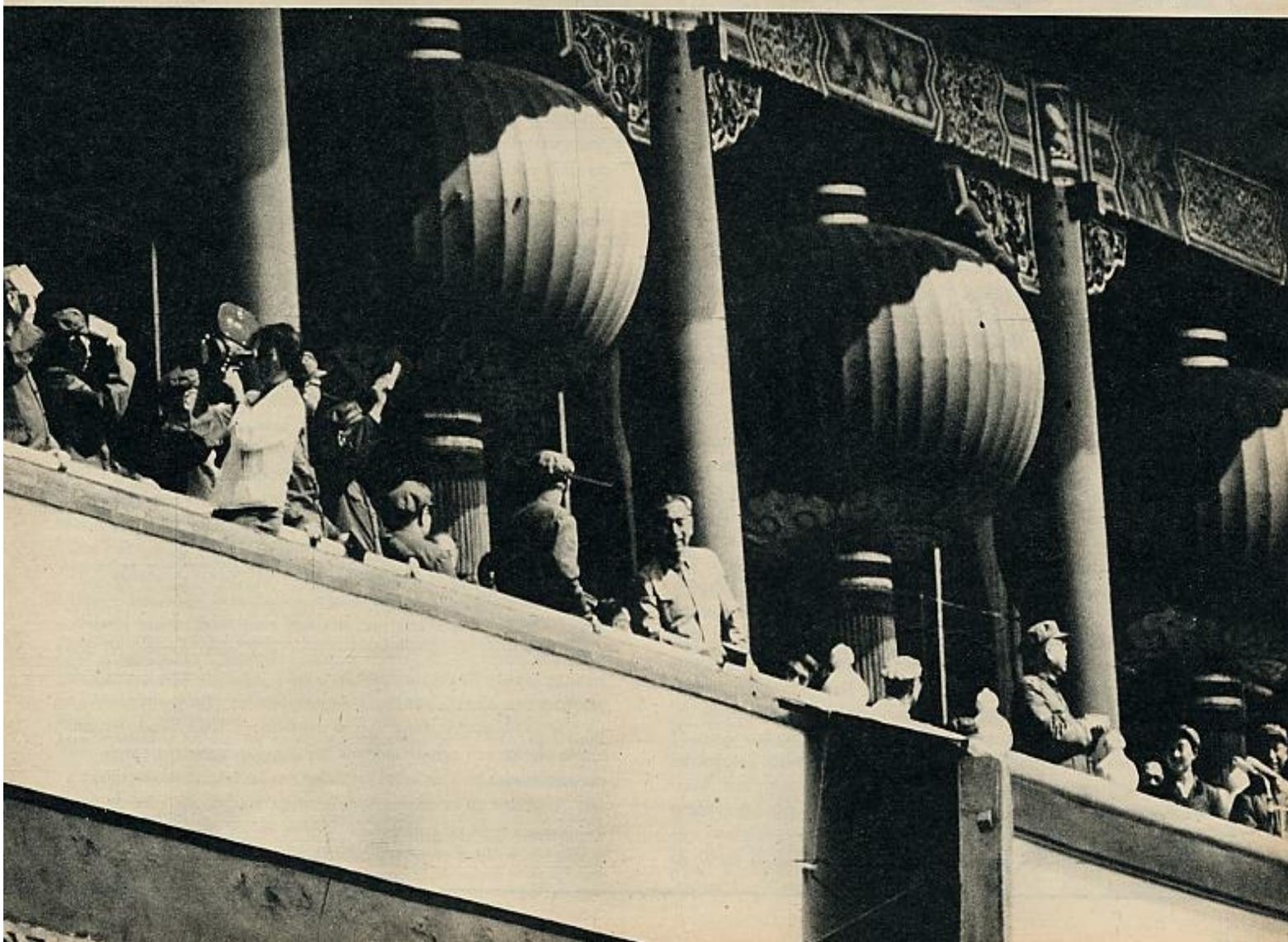
Para los dirigentes chinos, la guerra de Vietnam es la prueba crítica de la capacidad de supervivencia de los «movimientos revolucionarios» y llegan a esta conclusión: Washington tendrá que recurrir a medidas extremas para ganar la guerra de Vietnam, y China, por su parte, tendrá que hacer lo mismo para impedir la victoria norteamericana, que constituiría una amenaza a la fuerza política de China y a todo el Tercer Mundo.

nos atacarán inevitablemente

Según el primer ministro Chu-En-Lai, Estados Unidos y China están abocadas a la colisión. Me explicó cómo y cuándo comenzará, a su entender, la guerra:

(Sigue en la página 71)

Chu En Lai ha hablado por vez primera, en Pekín, a un periodista occidental en estos dos últimos años de agitada y controvertida «revolución cultural». En la foto inferior, Chu En Lai, junto a Mao Tse Tung —presidente del Partido Comunista Chino— y Lin Piao, ministro de Defensa, presidiendo una manifestación popular.



(Viene de la página 35)

—No tenemos ilusión alguna acerca de los objetivos de la política exterior norteamericana. Estamos seguros que en el próximo futuro la política exterior de los Estados Unidos les conducirá a una guerra agresiva contra nuestro país. Tarde o temprano se encontrarán en una situación tal que para realizar sus objetivos imperialistas deberán violar nuestra soberanía y nuestra integridad territorial. Ese día llegará la inevitable conflagración militar.

Según los chinos, el choque llegará en cuanto Pekín envíe voluntarios a Vietnam. Consideran la guerra de Corea como un precedente. Chen Yi, ministro de Asuntos Exteriores, reflejó el mismo criterio:

—En el caso de que ayudemos a nuestros amigos vietnamitas, esto no podrá ser interpretado como un ataque contra nadie, ya que nuestros soldados irán a ayudar a un país amigo que ha sido agredido. Nosotros no seríamos los agresores.

Respecto a un posible ataque norteamericano, los dirigentes chinos afirman que «no es ningún secreto» que han construido instalaciones subterráneas para plantas atómicas, y que suponen que los satélites norteamericanos de observación lo habrán advertido. Los chinos lanzarían todo su material contra los norteamericanos y confían como arma principal en los 750 millones —la cuarta parte de la población mundial— que integran el pueblo chino.

Chu En Lai dijo que, en caso de un ataque norteamericano, los soldados chinos serían enviados a Tailandia, Corea, Laos o cualquier otro país con bases norteamericanas.

—Si la guerra llega —dijo— no habrá fronteras ni respetaremos «santuarios» para nuestros agresores. Si nuestros enemigos movilizan un millón de hombres, nosotros movilizaremos diez —el rostro de Chu no se descompuso—. Si ellos movilizan diez, nosotros movilizaremos cien. Ningún poder será capaz de derrotarnos en nuestra lucha por la supervivencia nacional. Y si se deciden a utilizar armas atómicas, deberán recordar que nosotros también disponemos de un arsenal atómico. Ahora bien, China nunca iniciará la guerra contra Estados Unidos. No buscamos la guerra, ni tan siquiera las guerras «preventivas».

A los dirigentes chinos les preocupa cuál sería la actitud de la Unión Soviética en caso de una guerra chino-norteamericana. Muchos de ellos me dijeron que estaban seguros de que Washington no atacaría a China sin estar seguro, a su vez, de que Moscú se aliaría a esta última. Yan Chen-wu me dijo que los Estados Unidos deben considerar siempre la posibilidad de que una guerra en estos términos provocaría en la Unión Soviética una actitud favorable a China, como en tiempos de Stalin.

Le pregunté a Chu En Lai si veía alguna posibilidad de que mejoraran las relaciones de China con Estados Unidos, y respondió:

—No preveo ninguna mejora en nuestras relaciones con Estados Unidos y tampoco la buscamos mientras prosigan su actual política agresiva, mientras continúen amenazando la paz y seguridad mundiales y mientras sus tropas sigan ocupando la isla de Taiwan (Formosa) que es parte de nuestro país.

No hay un chino que no se acalore cuando se le insinúa por qué no adoptarían un gesto más conciliador con Estados Unidos. Chen Yi exclamó violentamente:

—No nos corresponde a nosotros dar el primer paso. La hostilidad contra China partió de Estados Unidos y no somos nosotros quienes estamos enviando a nuestros hombres para mantener guerras en otros países.

Después citó la postura reacia, negativa, de Estados Unidos a reconocer el actual Gobierno comunista chino y acusó a Washington de impedir que se reconocieran «nuestros derechos nacionales en las Naciones Unidas».

—La lista de actos agresivos y hostiles de los Estados Unidos contra China es larga —agregó—. Los norteamericanos han cercado nuestro territorio con bases militares. Han montado gobiernos títeres en países que están comprometidos a ayudarles contra China. Nuestro espacio es violado continuamente por aviones norteamericanos que desprecian todas las convenciones internacionales.

Me miró fijamente y continuó:

—El papel de las fuerzas norteamericanas en Asia es apoyar a una clase de explotadores reaccionarios en contra de las aspiraciones políticas, económicas y sociales de las masas. Ellos están en primera línea en la guerra contra las razas de color. Hoy en Asia, el norteamericano es visto con odio porque es el representante del hombre occidental que promueve la guerra y la devastación. A él se debe que sean baratas las vidas de los asiáticos.

Predijo que cualquier día los norteamericanos «se encontrarán rodeados por un mar de pueblos en rebelión. Únicamente será posible hablar de un entendimiento entre nuestro país y Estados Unidos cuando abandonen esta política».

Los chinos reiteran hasta la machaconería sus argumentos. Yo volví, por mi parte, a la carga sobre una posible reanudación de relaciones diplomáticas de los chinos con los embajadores norteamericanos en Varsovia. Altos funcionarios chinos se mostraron sensibles hacia estas reuniones. Me dijeron que los soviéticos han hecho circular rumores de tratos «chino-americanos». Por ello, los chinos han prometido que publicarán toda la información al respecto. Los chinos consideran que las conversaciones en Varsovia son un canal para hacer llegar a los norteamericanos

CHU EN LAI



La sonrisa de Mao sobrenada en el hormigueo incesante de las ciudades chinas, en las que la tensión política ha aumentado con las actividades de los «guardias rojos».

ricanos «las condiciones en que podrían llevarse a cabo conversaciones realmente fructuosas».

—No obstante —se me dijo—, los rumores esparcidos por los soviéticos podrían hacer fracasar estos acercamientos

—Tenemos que decidir si su utilidad, más bien limitada, compensa los riesgos que entraña el crear impresiones peligrosas —me dijo un alto funcionario—. Se espera una pronta decisión sobre esto.

posible conflicto con la u. r. s. s.

—Es posible que tengamos dificultades en nuestras fronteras, porque los revisionistas soviéticos harán todo lo que puedan por aplastar la revolución actual en China —me dijo Chu En Lai.

Diplomáticos bien informados, acreditados en Pekín, están convencidos que se han registrado ya tiroteos en esa frontera, aunque los dirigentes chinos no se hayan dado por enterados. Con palabras que me recordaron los preparativos que condujeron a los encuentros armados en la frontera chino-india en 1962, un alto dirigente de Pekín predijo que los soviéticos darán los primeros pasos armados, cosa que no hará China. Pero Chu En Lai está convencido de que un cambio en el cuadro dirigente soviético pondría fin a un conflicto semejante antes de que pudiera degenerar en una guerra total.

—Los revisionistas soviéticos serían abatidos antes por su propio pueblo. Porque nuestros pueblos jamás se atarán. La política de los revisionistas soviéticos es impopular en su pueblo, ya que ningún marxista-leninista pue-

de tolerar una política de alianza entre la Unión Soviética y los Estados Unidos imperialistas.

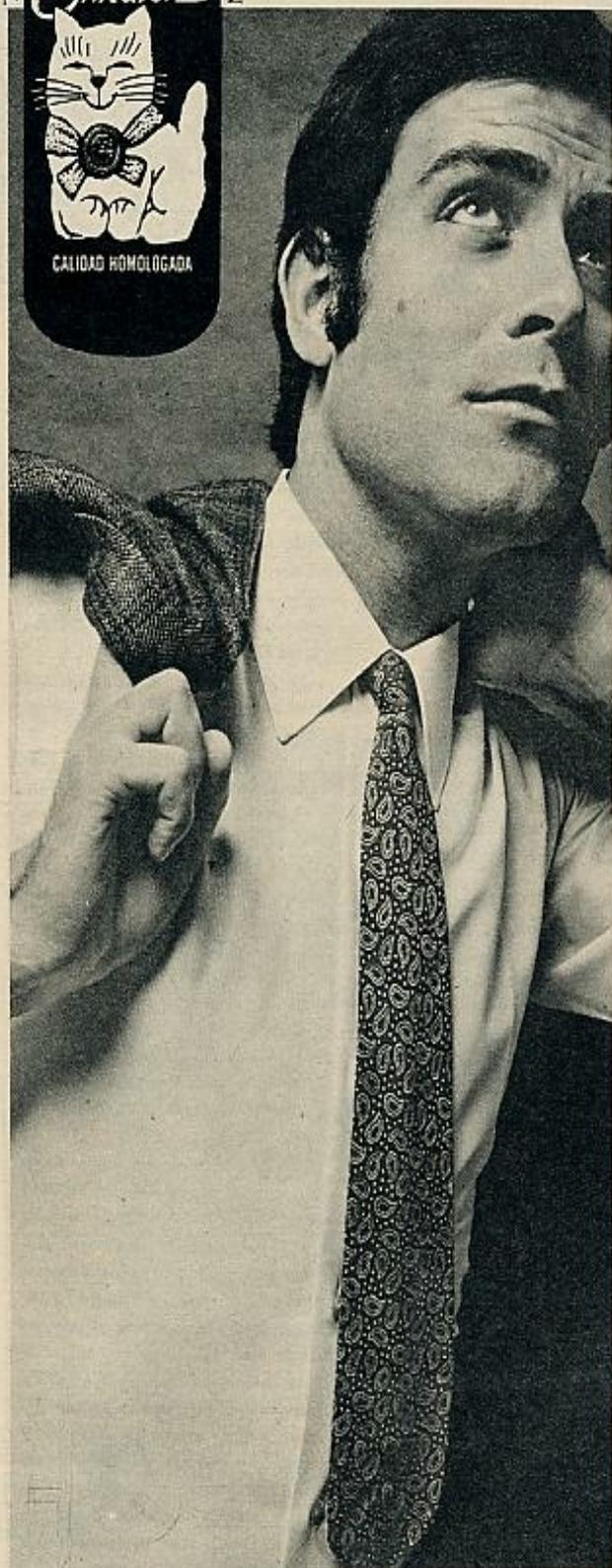
Chu cree que el primer ministro soviético Alexis Kosygin y el presidente del partido soviético, Leónidas Breznev, serán depuestos a causa de su política, que calificó de «compadrazgo» con los Estados Unidos.

Las perspectivas de derrócamiento de los líderes del Kremlin —se me explicó— «aumentarán en relación directa con el «compadrazgo» entre líderes soviéticos y estadounidenses». Tanto Chu En Lai como Chen Yi y otros políticos chinos me detallaron la historia de la citada componenda entre Moscú y Washington que, según ellos, data de la crisis de 1958 relativa a las islas de Quemoy y Matsu, en el estrecho de Formosa. Desde Quemoy y Matsu hasta la actual crisis de Vietnam, pasando por las de Berlín de 1961 y Cuba de 1962, Rusia ha pospuesto en repetidas ocasiones intereses revolucionarios a la coexistencia pacífica.

—El primer ministro Nikita Kruschev se mostró visiblemente nervioso cuando vino a Pekín a finales de julio de 1958 —me dijo un funcionario chino que estuvo presente en las conversaciones de Kruschev con Chu En Lai, el presidente Liu Chao Chi y el jefe del partido Mao Tse Tung. Por entonces, China insistía en que las fuerzas de Chiang Kai Chek, respaldadas por Estados Unidos, evacuaran Quemoy y Matsu. Los marines norteamericanos habían desembarcado en Libano después de la caída del pro-occidental rey de Irak, Feisal. «Los norteamericanos se están mostrando muy agresivos, les dijo Kruschev. El pe-

SIGUE

Enkalon® ...y sus elegantes camisas



IBERENKA CC

CHU EN LAI

ligo de una guerra atómica es patente y no podemos permitir que se nos empuje a una guerra atómica. Según mis entrevistados, Kruchev aconsejó a los chinos evitar cualquier acto provocativo en torno a Quemoy y Matsu y, a cambio, Kruchev se ofreció para negociar con el Presidente Eisenhower en favor de las «reivindicaciones chinas».

—Entendimos —me dijo Chu En Lai— que lo que sugería el primer ministro soviético era, en definitiva, que nos rindiéramos a los Estados Unidos. No pretendíamos provocar una guerra, pero, eso sí, queríamos demostrar a los Estados Unidos que los dos principales países socialistas del mundo estaban perfectamente unidos y dispuestos a mantenerse codo a codo en caso de agresión. De acuerdo con el pacto chino-soviético de 1950, los dos países se comprometieron a ayudarse mutuamente en caso de que cualquiera de los dos fuera agredido. Se llegó, pues, a un punto crítico en las relaciones chino-soviéticas. A partir de entonces comenzó el distanciamiento hasta llegar al encono, lo cual ha cambiado el panorama político mundial.

Chu siguió diciéndome:

—El presidente del partido, Mao, dijo a Kruchev que si la Unión Soviética reafirmaba su compromiso del tratado de alianza de 1950, ello desalentaría a los imperialistas. Kruchev se negó a entenderlo, alegando que, de hacerlo, Estados Unidos lo interpretaría como una provocación. Después de esto, las relaciones chino-soviéticas se enfriaron rápidamente. En 1959, la U. R. S. S. denunció el acuerdo de asistencia atómica y suspendió la entrega de material nuclear a China. Para el año 1960 habían abandonado China millares de técnicos soviéticos, dejando paralizadas decenas de industrias chinas. Kruchev fue depuesto en 1964, pero cuando Chu fue a Moscú tuvo el desconsuelo de comprobar que seguía vigente la política de coexistencia. Los chinos creen que Kruchev y Eisenhower hicieron un pacto cuando se reunieron, en 1959, en Camp David, Maryland.

—Convinieron en actuar de común acuerdo para mantener el «statu quo» político en el mundo —me dijo Chen Yi—. De acuerdo con las condiciones del trato, la Unión Soviética se comprometió a disuadir a los países que pretendieran llevar a cabo guerras de liberación nacional en contradicción con intereses norteamericanos. Naturalmente, los soviéticos han negado esto calificándolo de «propaganda».

Pero Chen Yi se reafirmó:

—En bien de sus intereses egoístas y estrechos, la Unión Soviética traicionó las esperanzas de centenares de millones de hombres en todo el mundo.

Otro alto dirigente, Chen Po-ta, presidente de la «revolución cultural», echó luego su cuarto a espadas:

Trató de convencernos Kruchev que si no procurábamos entendernos ami-

gablemente con Eisenhower, los belicistas norteamericanos le derrocarían y se produciría una calamidad que afectaría al mundo entero. A lo cual alguien preguntó a Kruchev: «¿No comprende usted, como marxista-leninista, que tal tipo de paz desmoralizaría a los revolucionarios y fortalecería la política agresiva de los Estados Unidos?»

Kruchev se mostró «teatral» al referirse a la crisis de Berlín de 1961 y a la crisis de los proyectiles dirigidos de Cuba en 1962. Los dirigentes chinos aseguran que Kruchev provocó estas crisis para demostrar al mundo que los Estados Unidos estaban dispuestos a ir a una guerra para mantener el «statu quo» mundial. De esta forma, esperaba justificar su política de coexistencia.

Una actitud semejante demostró Kossygin cuando visitó Pekín en 1965. Abogó por una solución «realista» basada en un compromiso en la guerra de Vietnam. Fue rechazada. Los chinos consideran tal compromiso sobre Vietnam como una señal de aceptación de la presencia militar norteamericana tanto en este país como en cualquier otro del Sudeste asiático, y concretamente en Taiwan. Otros informadores chinos me dijeron que algún día llegará la reconciliación con Moscú... el día en que existan otro tipo de dirigentes en la Unión Soviética.

En nuestra conversación de dos horas y media, Chu En Lai me dijo:

—Lo que los revisionistas soviéticos pretendían era reafirmar el reconocimiento de las zonas de interés vital para la Unión Soviética y los Estados Unidos, que se repartirían entre sí. Este fue el contenido de los mensajes secretos que se intercambiaron Kruchev y Kennedy durante la crisis de los proyectiles dirigidos (Cuba, 1962). A costa de la dignidad y de los intereses cubanos y de otros pueblos revolucionarios, los revisionistas soviéticos dieron carta blanca a los norteamericanos en muchas partes del mundo.

Alegó luego que Kossygin y Johnson han proseguido la política de Kruchev y Kennedy.

—Los mismos criterios prevalecen hoy en sus relaciones —terminó diciéndome Chu En Lai.

SIMON WALLEY

Fotos: SIMON WALLEY, CAMERA PRESS-ZARDOYA, EUROPA PRESS

© Copyright 1967 por «Chicago Daily News». Distribución exclusiva en español por Editors Press Service, Inc.-Agencia Zardoya. Título original del reportaje: «Dentro de la Ciudad Prohibida de Pekín».

EN EL PROXIMO NUMERO:

- * EL COMLOT PARA ASESNAR A MAO.
- * MAS «VIETNAMESES» EN AFRICA Y AMERICA.
- * VICTORIA REPUBLICANA EN USA PARA 1968.